

Cuba: mirando hacia el futuro

Andrés Serbin

Presidente de la Coordinadora Regional de Investigaciones Económicas y Sociales (CRIES)



Introducción

En el marco del aislamiento regional y del embargo impuestos por los Estados Unidos en el contexto de la Guerra Fría, la Revolución Cubana se constituyó, desde la década de los sesenta del siglo pasado, en un referente de los movimientos revolucionarios en América Latina y en otras partes del mundo. Con algunos altibajos y con la asistencia y el creciente apoyo de la URSS y del campo socialista, la Revolución Cubana marcó, para la época, un claro derrotero internacional y buscó desarrollar un modelo político y social que apuntara a la construcción del socialismo a través de un economía centralizada, al despliegue de un nacionalismo anti-hegemónico frente al bloqueo impuesto por los Estados Unidos y al desarrollo de un igualitarismo social a través del Estado y de una serie de políticas sociales, elementos que, dadas las limitaciones geográficas y demográficas de la isla, hicieron a su singularidad en la región y en el mundo. Sin embargo, el modelo de economía centralizada refirió básicamente a los referentes del momento del “socialismo real” existente particularmente en los países de Europa Oriental.

Desde la década de los noventa, el modelo económico, el sistema político y la sociedad cubana han vivido transformaciones sustanciales

El colapso de la URSS (y consecuentemente el de la asistencia soviética) y el fin de la Guerra Fría, generaron una dramática crisis económica y marcaron, a finales de la década de los ochenta y los noventa del siglo pasado, una nueva fase del proceso político cubano. La crisis evidenció la disfuncionalidad del modelo económico existente (y su fuerte dependencia de la asistencia del campo socialista) y el inicio de una serie de transformaciones internas, en el marco del llamado “Período Especial en tiempos de paz”, mientras que la confrontación con los Estados Unidos subsistía como un legado de la polarización Este-Oeste. De hecho, este legado de confrontación marcó decisivamente todas las etapas del desarrollo del sistema político cubano hasta el inicio de las conversaciones bilaterales en diciembre de 2014 y, bajo otras modalidades, lo sigue haciendo hasta el día de hoy.

Subsiste en la actualidad un debate sobre la funcionalidad del modelo económico desarrollado por la Revolución Cubana desde la década de los sesenta, con diversas posiciones al respecto. Pero existe una coincidencia general en torno a que probablemente el modelo económico asumido ya mostraba signos de estancamiento antes del colapso soviético “debido a sus propios problemas estructurales” (Sánchez Egozcué 2015: 132) y a que los problemas económicos “no empezaron con la caída del campo socialista” (Torres 2014:96; Alonso 2014: 98). No obstante, la crisis desatada por la implosión y colapso de la URSS fue un detonante que evidenció las falencias de este modelo.

Por otra parte, con el fin de la Guerra Fría, la nueva situación internacional planteó una serie de disyuntivas en torno al modelo a seguir para enfrentar la crisis y encarar los cambios necesarios. La “perestroika” en Rusia, con una rápida transición hacia una economía de mercado que, luego de un período de alta inestabilidad política derivó en un capitalismo autoritario (democracia soberana) al estilo de la Federación Rusa desarrollada a partir de la presidencia de Putin (Laqueur 2015), o un capitalismo de estado con apertura progresiva al mercado con un control político por parte de la dirigencia según el modelo chino y vietnamita, parecían algunas de las alternativas viables. Pero ninguna de estas opciones (y en particular la primera, fuertemente resistida por la dirigencia cubana) tendió a reflejar claramente las subsecuentes transformaciones impulsadas en la isla.

Pese a que la Constitución de 2002 reafirmó el carácter irreversible del proceso socialista cubano, la grave y devastadora crisis económica y social que se fue perfilando desde el llamado “Período Especial” —venía asociada a una serie de factores que actuaban como lastres para la posibilidad de diseñar una salida a la misma. El escritor Leonardo Padura menciona algunos de estos lastres — improductividad de la empresa socialista, ineficiencia de los sistemas de producción y distribución de productos agropecuarios, la corrupción en diversos nive-

les, la política de pleno empleo, la fuga de profesionales hacia otras actividades más rentables como el turismo, en suma “el resquebrajamiento de los órdenes económicos, sociales y hasta morales” (Padura 2012: 27). Este cuadro de situación y su progresiva profundización, necesariamente requería de una serie de “cambios estructurales y conceptuales”.

En este marco, desde la década de los noventa y especialmente a partir de 2007, el modelo económico, el sistema político y, en particular, la sociedad cubana, comenzaron a vivir una serie de transformaciones sustanciales que, en esencia, reflejan un cambio estructural que, con mayores avances o retrocesos, plantea un final abierto para la futura evolución de Cuba, fundamentalmente porque, como lo señalan algunos analistas, existen dudas acerca de la claridad de los objetivos y de la coherencia de las medidas encaradas (Blanco 2012; Halsing 2015).

La “actualización” del modelo y sus alcances

Algunos investigadores señalan que las transformaciones en curso desde 2007, son una continuación y, a la vez, una ruptura con las transformaciones impulsadas desde finales de la década del ochenta y a principios de los noventa, proceso “en el cual el país no tuvo otra alternativa que cambiar para sobrevivir y tratar de reinsertarse en la economía mundial con las reglas de juego de esa economía” (Triana 2012:82). De hecho, desde esta perspectiva, la actual sería la tercer etapa de transformación, luego de la primera iniciada en la década del noventa y que abarcó hasta la primera década del siglo XXI, con una combinación de crisis y crecimiento; la segunda - la más dinámica en términos de tasas de crecimiento, con inversiones masivas en ciertos sectores como salud y educación, pero a la vez la descapitalización de una parte del sector industrial (en particular el azucarero), y el rompimiento de la disciplina monetaria - asociada al inicio de la Batalla de Ideas promovida por Fidel Castro y el PCC, el estrechamiento de los vínculos con Venezuela y una reorientación de los nexos internacionales que también incluyó una más estrecha relación con China; y la actual, vinculada a la presidencia de Raúl Castro, caracterizada por tasas relativamente bajas de crecimiento junto con la recomposición de las cuentas externas del país (Triana, 2012: 83-84) y una marcada diversificación de las relaciones internacionales que culmina, en diciembre de 2014, con el inicio del restablecimiento de las relaciones con los Estados Unidos. Sin embargo, estas tres etapas no se desarrollaron de una manera lineal, generándose cambios, avances y retrocesos particulares en la transición de cada una de ellas, acompañadas de transformaciones importantes en los presupuestos ideológicos

No se ha abordado un cambio en la estructura de poder y en la relación entre la elite político militar del país y la sociedad cubana

que sustentaron las reformas económicas, y que desembocan en la actual coyuntura que “tiene en las restricciones internas su principal detonante” (Triana 2012: 84). Algunos de estos cambios, avances y retrocesos reflejan asimismo las tensiones y contradicciones de la elite político-militar que, en las diferentes etapas, se debatió entre la urgencia de iniciar una transformación del modelo y la resistencia a modificarlo.

La nueva coyuntura, iniciada en 2007 luego de la renuncia de Fidel Castro y formalizada con la asunción oficial a la presidencia de su hermano Raúl Castro en 2008, conllevó esta vez no sólo ajustes parciales al modelo, sino también un cambio estructural que implicó una restructuración profunda –y actualmente en pleno desarrollo– de las relaciones entre el Estado y la sociedad, y del modelo de gobernabilidad existente (Sánchez Egozcué 2015:125). A través de los lineamientos para una nueva política económica y social, el gobierno de Raúl Castro impulsó desde 2007 un proceso integral de reformas. La introducción restringida de elementos del mercado pretendió dar una nueva viabilidad al socialismo e impulsar el surgimiento de un sector privado con la fuerza de trabajo liberada a partir de los masivos despidos sufridos en las empresas estatales. Sin embargo, hasta ahora, esta “actualización de la Revolución” no se refleja demasiado en mejoras concretas de la realidad cubana (Ganter 2015), en el marco de un discurso que predominantemente “se ha situado alrededor de la economía” (Torres 2014:78), pero que no ha abordado radicalmente un cambio en la estructura de poder y de la relación entre la elite político-militar del país y la sociedad cubana.

No obstante, lo que distingue a la actual etapa de transformación de los cambios iniciados en la década de los noventa es la admisión de que el modelo pre-existente era disfuncional, de que existe una voluntad política para encarar el cambio necesario y que la aceptación de este cambio es irreversible (Sánchez Egozcué 2015: 133). Esta admisión oficial constituye un punto de inflexión fundamental tanto para la comprensión de las transformaciones en curso como para los posibles derroteros futuros del país.

A su vez, el cambio estructural encarado consecuentemente se produce en un marco internacional dónde se imponen una serie de factores decisivos, desde la persistencia de las secuelas de una crisis global con sus incertidumbres y complejidades a la creciente interdependencia internacional, la persistencia de los efectos del embargo estadounidense y la re-articulación de las relaciones de poder en un mundo crecientemente multipolar (Serbin 2014; 2015b), a los que se suman los impactos climáticos que hacen particularmente vulnerable a la isla por el incremento de huracanes y de sequías.

Pero, simultáneamente, una serie de factores internos contribuyen a generar una coyuntura particularmente compleja para Cuba. Entre éstos se cuentan el sobredimensionamiento del sector público; una sobre-abundancia de restricciones y de reglas que obstaculizan las iniciativas privadas; estructuras institucionales e incentivos distorsionados y heredados de las fases previas; una poderosa burocracia estatal resistente al cambio y al escrutinio público; una cultura reticente a la discusión crítica; una baja productividad junto a la descapitalización de las estructuras productivas y de la industria, una marcada incapacidad de impulsar una autosuficiencia alimentaria y una fuerte presión demográfica vinculada a la baja tasa de natalidad, a la emigración de jóvenes y al envejecimiento de la población, entre otros factores relevantes (Sánchez Egozcué 2015:126).

Las consecuentes presiones para impulsar un cambio estructural del modelo llevan, a partir de 2010, al lanzamiento del proyecto de los “Lineamientos de política económica y social” que luego de un debate a diferentes niveles, es aprobado por el VI Congreso del Partido Comunista Cubano en abril de 2011, con el propósito de introducir, en los siguientes cinco años, una serie de cambios en la economía, en las estructuras institucionales y en la sociedad cubana, bajo la implementación del llamado “modelo de actualización económica” (Serbin 2013).

Es importante señalar, en este sentido, que, para el momento, se produce un importante reconocimiento y desplazamiento del foco de atención oficial de las presiones internacionales – tanto asociadas a la crisis global como a los impactos del bloqueo estadounidense – a la explicitación de la importancia de la amenaza constituida por la acumulación de problemas domésticos (Sánchez Egozcué 2015:128), en tanto algunas de estas presiones había sido abordadas en forma exitosa en los años precedentes (Serbin 2011). Este desplazamiento, sin embargo, asimismo implica una nueva percepción de la articulación entre los necesarios cambios internos en la sociedad y la economía cubana y la reformulación de la política exterior, con énfasis en la diversificación de las relaciones internacionales y la atracción de inversiones externas (Alzugaray 2011; 2014; Pérez Villanueva 2010; Serbin 2011; 2013)

Por su parte, los “Lineamientos” han configurado la hoja de ruta de las reformas iniciadas y, de alguna manera, constituyen “una plataforma que expresa un consenso social y político para esta etapa del proceso” (Triana 2012:86) que implica transformaciones en la estructura y en la gestión de la propiedad que tienden a disminuir la presencia del Estado en la economía; la re-estructuración y modernización del aparato estatal, y la erradicación de restricciones y prohibiciones que limitaban las oportunidades de la población (Triana 2012:86-87).

En el ámbito económico, la “actualización del modelo” consecuente apuntó a promover cambios importantes predominantemente en seis sectores – el usufructo de tierra estatal baldía por parte de cooperativas y de agricultores con el propósito de incrementar la producción agrícola y alimentaria; el despido de empleados estatales y la ampliación de las actividades económicas no estatales, promoviendo el cuenta-propismo y la absorción de la fuerza laboral cesante; el recorte de los servicios sociales con el fin de disminuir el gasto público; la atracción de inversiones extranjeras, y la unificación de la doble moneda. Circulan dos monedas en Cuba: el peso nacional (CUP) y el peso convertible (CUC), ninguna se transa en el mercado internacional y el CUC está sobrevaluado (algo mayor que el dólar). La tasa oficial de cambio para la población es 25 CUP por 1 CUC, pero en las empresas estatales es a la par. La dualidad monetaria creó serias distorsiones: los trabajadores reciben su salario en CUP pero parte de sus gastos es en CUC; no se puede determinar la eficiencia de las empresas, la rentabilidad de las exportaciones y la factibilidad de las inversiones. (Mesas-Lago 2015:165). La resolución es muy compleja y difícil de entender incluso para expertos (Hershberg 2011 y Vidal y Pérez Vilanueva 2015).

Existen posiciones divergentes al evaluar los logros y avances del proceso de "actualización del modelo económico"

En esencia, como señalábamos en otro lugar, la “actualización”, a la vez de abordar algunos elementos clave de la economía, respondió asimismo a la necesidad de dar respuesta tanto las crecientes presiones internas y del entorno internacional, como a preservar la estructura política existente (Serbin 2013). Una cuestión primordial, no obstante, es si las medidas implementadas por Raúl Castro desde 2007, ratificadas por el VI Congreso del Partido en 2011 y que continúan desarrollándose en 2016 en el marco de la “actualización” del modelo, serán capaces de sacar a la isla de sus problemas estructurales, sin afectar el modelo político existente.

A este respecto, existen posiciones divergentes al evaluar los logros y avances del proceso de “actualización del modelo económico”. Mientras que, desde una perspectiva, se plantea que Cuba ha sido más exitosa tanto en términos de crecimiento económico como de mantener un sistema de protección social de lo que el “consenso de Washington” hubiera podido esperar, como así también de desarrollar mecanismos de consulta popular, contener la inflación y mantener la estabilidad económica, y mantener el control del Estado en el proceso de re-estructuración económica (Morris 2014), otros analistas se muestran más escépticos y balanceados al señalar algunos problemas específicos.

Como apunta un análisis de 2015, si bien las reformas estructurales encaradas han sido positivas, orientadas hacia el mercado y las más importantes bajo la Revolución, las fuertes regulaciones, obstáculos e

impuestos (usualmente justificados para evitar la concentración de la riqueza) crean desincentivos e impiden el logro de resultados tangibles, mientras que la implementación de las medidas ha sido lenta. En este sentido la “actualización del modelo” basada en el predominio del plan central y la propiedad estatal sobre el mercado y la propiedad no estatal no ha tenido éxito en los países socialistas incluyendo a Cuba. La reforma agrícola clave - el usufructo de las tierras - , ha requerido una segunda ley más laxa, pero aún con restricciones importantes. Sin embargo, si estas regulaciones se liberalizarán aún más, podrían contribuir a incrementar la producción agrícola y a reducir las costosas importaciones de alimentos. El trabajo no estatal ha crecido pero no lo suficientemente como para absorber el empleo estatal innecesario. El coste de los servicios sociales se ha reducido y el racionamiento está siendo desmantelado gradualmente; pero estas reformas necesarias causan efectos sociales adversos, que han ampliado la población vulnerable, en tanto la asistencia social ha sido recortada de forma severa. La nueva ley de inversión extranjera es más flexible que la ley anterior pero aún mantiene varias de sus restricciones y hasta ahora no ha atraído las inversiones foráneas esperadas. La unificación monetaria es necesaria y será beneficiosa aunque la reforma no revela sus elementos claves y se ignora cuándo ocurrirá.

Por otra parte, si bien las reformas en curso muestran avances a nivel micro, mucho de los resultados esperados están por debajo de las metas propuestas. Los indicadores macroeconómicos no han mejorado: el crecimiento del PIB es anémico y entre los más bajos de la región; la producción agrícola disminuyó o se estancó en los cuatro años posteriores al comienzo del usufructo y las importaciones de alimentos han crecido debido al desempeño negativo de la agricultura. El déficit en el balance de bienes, que ha sido compensado por el excedente en el balance de servicios gracias a Venezuela - cuya asistencia ha sido un factor crucial en esta etapa - , está en riesgo por la severa crisis económica venezolana. Los avances en el proceso de normalización de las relaciones con los Estados Unidos, especialmente en el ámbito de las relaciones económicas, podrían contribuir a ayudar a Cuba en el proceso de transformación, aunque es poco probable que provean subsidios de la escala provista por la URSS y por Venezuela. Como termina afirmando el mismo análisis: “Los 56 años de socialismo cubano han probado la urgencia de transformar substancialmente el modelo para generar un crecimiento económico adecuado y equidad social sostenible. Las reformas sino-vietnamitas, más rápidas y exitosas, manteniendo el Partido en el poder, podrían ser el camino a seguir, pero los dirigentes cubanos sostienen que no son viables en Cuba debido a diferencias significativas con los dos países asiáticos. El año 2016 será crucial para atisbar el futuro económico cubano: si se aceleran y profundizan las reformas logrando efectos,

Cuba tendió a romper gradualmente sus aislamiento y a ampliar sus relaciones regionales que culminó con la Cumbre de la CELAC en La Habana

si se materializa la inversión externa, si se logra avanzar en la normalización de las relaciones con los Estados Unidos y si los niveles de vida del pueblo cubano dejan de caer e inician una recuperación que legitimaría las reformas” (Mesa-Lago 2015:167).

En este marco, luego de más de medio siglo de confrontación y de hostilidades, el 17 de diciembre de 2014, los gobiernos de Cuba y de los Estados Unidos iniciaron conversaciones para el restablecimiento de relaciones diplomáticas y para la eventual normalización de las relaciones entre ambos países. La fecha marca un decisivo cambio en la política exterior de Cuba en un entorno internacional, hemisférico y regional sujeto a transformaciones significativas y desplaza parcialmente la atención del proceso de cambios domésticos iniciados con el proceso de “actualización del modelo económico y social” a desarrollarse en un período de cinco años a los avances en las relaciones bilaterales.

Por otra parte, la situación a fines de 2014 “estaba madura como nunca antes, gracias a la coincidencia única de factores favorables (...): el contexto interno de la opinión pública norteamericana, de los gobiernos latinoamericanos y del resto del hemisferio, de la Unión Europea, de la mayor parte de los cubanoamericanos; y finalmente, del proceso de cambio en pleno desarrollo de la propia isla” (Hernández 2015:105).

Cuba y su inserción regional y global

Por otra parte, a casi tres décadas del colapso del Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME), la inserción internacional cubana ha cambiado sustancialmente. Luego de un intenso activismo internacional y de un papel destacado en el ámbito global, considerando las limitaciones de un pequeño país como Cuba (Domínguez 2001; Serbin 2001), el gobierno cubano debió reorientar sus prioridades en el ámbito de las relaciones internacionales. Inicialmente, a lo largo de más de una década, la primera reorientación de la política exterior cubana apuntó a desarrollar las relaciones con Canadá y con la Unión Europea como socios fundamentales, con el turismo y las remesas como soporte de la economía, en reemplazo de otros sectores como la industria azucarera. Sin embargo, la llamada “posición común” de la Unión Europea impulsada en 1996 en materia de derechos humanos obstaculizó este proceso hasta la actualidad¹. Canadá, con la designación del conservador Stephen Harper como Primer Ministro en el febrero de 2006 dio inicio a un proceso de distanciamiento de la política de “*constructive*

¹ Cuba es el único país de América Latina y el Caribe con el cual la UE no ha firmado un acuerdo bilateral. La “Posición común” demostró de todos modos ser ineficaz, en gran medida porque cada vez fueron más los Estados miembros de la UE que la eludieron mediante la celebración de acuerdos bilaterales (Ganter 2015).

engagement” de su predecesor liberal a pesar de los estrechos vínculos comerciales con la isla, de alineamiento con la política exterior de los EEUU y de un renovado énfasis en los temas de democracia y de derechos humanos que tendió a enfriar las relaciones políticas entre ambos países hasta su encuentro con Raúl Castro en la VII Cumbre de las Américas luego del papel desempeñado por el gobierno canadiense, junto con el Vaticano, en el proceso de iniciación de las conversaciones entre Cuba y los EEUU. Por otra parte, la Unión Europea ha estado negociando, desde comienzos de 2014, un acuerdo de cooperación, dirigido a poner fin a la denominada “Posición común”. Este instrumento, que establece como objetivos para un diálogo con Cuba la democratización y la mejora en la situación de derechos humanos, pero también la apertura económica del país, ha sido rechazado por el Gobierno en La Habana, que lo considera un planteo orientado al cambio de régimen. Esta situación impidió durante las últimas dos décadas una colaboración más constructiva en la UE. Cuba es el único país de América Latina y el Caribe con el cual la UE no ha firmado un acuerdo bilateral. La “Posición común” demostró de todos modos ser ineficaz, en gran medida porque cada vez fueron más los Estados miembros de la UE que la eludieron mediante la celebración de acuerdos bilaterales (Ganter 2015).

En la siguiente década, a partir de 2004, se inició una nueva etapa, en la que, en lugar de la búsqueda exclusiva de una mayor diversificación en las relaciones comerciales y de inversión en el mercado internacional, se impulsó una matriz diferente, basada en una serie de acuerdos de gobierno a gobierno con Venezuela y con China como socios principales (Sánchez Egozcué 2015b: 102). En especial, se estrechó la relación con Venezuela tanto en forma bilateral como en el marco del acuerdo ALBA-TCP establecido en 2002: mientras que este país proveía de una asistencia petrolera sustancial a Cuba, generando una alta dependencia económica, el gobierno cubano proveía de servicios profesionales al gobierno bolivariano en diferentes campos.

En el marco de lo que un analista cubano ha denominado un “pragmatismo económico anti-hegemónico” (Alzugaray 2015^a:189), Cuba tendió a romper gradualmente su aislamiento y a ampliar sus relaciones regionales – primero con el Caribe no hispánico y, posteriormente con América Latina y, especialmente América del Sur, en un contexto en dónde proliferaron los gobiernos de izquierda y centro-izquierda, y en el marco de una política de “círculos concéntricos” que progresivamente re-incorporó plenamente al país en la comunidad latinoamericana y caribeña (Serbin 2011; 2013). La culminación de este proceso se produjo, en lo político, con la realización de II Cumbre de la CELAC en La Habana en enero de 2014, y la presión ejercida por los países latinoamericanos y caribeños para la participación de Cuba, por primera vez, en la VII Cumbre de las Américas en Panamá, realizada en

Cuba reforzó su presencia en los ámbitos multilaterales y en especial en la ONU

abril de 2015, que marcó la plena reincorporación de la isla en el hemisferio. Hechos a los que cabe sumar, el rol desempeñado por Cuba en las negociaciones entre el gobierno colombiano y las FARC, conducentes a un acuerdo de paz y que contribuyeron a hacer llegar a la región, a diferencia de las tres primeras décadas de la Revolución Cubana, un claro mensaje sobre el nuevo rol que podía desempeñar en el sistema internacional.

En el plano económico, junto a la asistencia petrolera venezolana, la fuerte inversión brasileña en la ampliación del puerto de Mariel² y en la modernización de las centrales azucareras, fueron algunos de los resultados de esta política. Sin embargo, el logro político más relevante alcanzado por la política exterior cubana fue la progresiva construcción de un consenso regional y de la presión consecuente, a partir de la Cumbre de las Américas de Puerto España en 2009, para la aceptación de Cuba por parte de los Estados Unidos, como un actor hemisférico relevante y para los acontecimientos que se inician con las conversaciones de diciembre de 2014. En este sentido, el gobierno cubano pudo romper su aislamiento regional sin generar cambios en su sistema político y sin ceder a las presiones de los Estados Unidos para que se produjera un cambio de régimen, con dos saldos importantes – la ruptura del aislamiento regional, y el inicio de las conversaciones bilaterales en donde los EEUU reconocieron que su política hacia La Habana en las décadas precedentes había fracasado.

Junto a la política orientada hacia América Latina y el Caribe, con sus importantes logros políticos, pero también con resultados económicos y comerciales relevantes, es de señalar el desarrollo de los vínculos con China, que se convirtió en el segundo socio comercial de la isla (si no contamos a la Unión Europea en su conjunto que en volumen de comercio supera a la RPCh), y la recomposición de los vínculos con Rusia después del desplome del comercio bilateral que se produjo luego de la caída de la URSS. Putin condonó un 90% de la deuda cubana contraída con la URSS, junto con promover el incremento de inversiones en la exploración petrolera en aguas cubanas en el Golfo de México. Simultáneamente, a la par del desarrollo de acuerdos y de vínculos importantes con otros actores del Sur Global, Cuba reforzó asimismo su presencia en los ámbitos multilaterales y, en especial, en la ONU, capitalizando su activismo internacional de años precedentes (Serbin 2011).

Más allá de los peligros que entraña la estrecha relación con Venezuela (y que fue funcional no sólo a la supervivencia económica de Cuba sino también para contrabalancear el papel de los Estados

² Como señala un economista cubano “*This facility will link Cuba for the first time with global production networks*” (Montreal 2013, citado por Alzugaray 2015⁹), en tanto el puerto de Mariel se convierta en un importante puerto de conexión y traslado de *containers* para la ampliación del Canal de Panamá y en una zona industrial.

Unidos), dada la crisis económica y política el gobierno bolivariano y los efectos negativos ya señalados más arriba, es evidente que el llamado “pragmatismo económico anti-hegemónico” planteado antes del inicio de las conversaciones con los Estados Unidos implicó básicamente que, luego de la lección aprendida con la desaparición de la URSS, Cuba mantuviera una política exterior que favoreció dos dimensiones fundamentales – el mantenimiento de una autonomía de su política exterior basada en la defensa de su soberanía, y una diversificación de sus vínculos en un mundo multipolar en el marco de una reconfiguración de las relaciones de poder mundial, que permitiera una mejor inserción en el sistema económico internacional con el propósito de reforzar las reformas en curso; de generar un contra-balance al embargo estadounidense a través de nuevas alianzas y nexos internacionales, y de mantener, a pesar de las adversidades económicas, la autonomía alcanzada (Serbin 2016). En esencia, la nueva política exterior sirvió para una renovada inserción internacional de Cuba sin generar transformaciones sustanciales en su sistema político, abriendo a la vez una serie de interlocuciones nuevas que permitiesen reforzar el proceso de “actualización” a través de la atracción de inversiones foráneas.

La “normalización” de las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos

El inicio de las conversaciones bilaterales del 17 de diciembre de 2014, no modifica estos objetivos, pero atenúa el componente “anti-hegemónico” de esta estrategia, en tanto favorece el inicio de un nuevo ciclo en las relaciones los EEUU con América Latina y el Caribe (Serbin y Serbin 2015; Serbin 2015b), y marca, asimismo, un nuevo hito en el proceso que vive Cuba en la actualidad.

A pesar del conflicto histórico, la asimetría y la desconfianza existentes entre Cuba y los EEUU –rasgos que caracterizaron la relación por 54 años– la nueva orientación emergente apunta hacia el diálogo, la negociación y la cooperación (Castro 2015:92). Es de señalar que pese al cuadro de tensiones de las décadas precedentes, siempre existieron canales de diálogo – públicos o reservados - entre ambos países en distintos temas de interés común, desde las amenazas climáticas a los temas migratorios y de seguridad (LeoGrande y Kornbluh 2014). La diferencia es que ahora estos canales se hacen visibles y evidentes (Hernández 2015: 106). Como señala una analista cubana, “por un lado, están teniendo lugar las negociaciones al más alto nivel enfocadas en el restablecimiento pleno de las relaciones diplomáticas y en los temas más importantes y estratégicos para ambos países (...) por otro, tienen lugar encuentros técnicos, que

Una victoria republicana en las próximas elecciones en los EEUU puede poner impedimentos a este proceso, incluso llegar a revertirlo

avanzan de manera paralela” (Castro 2015:92) y que abarcan temas puntuales como los vinculados a los temas migratorios, a las comunicaciones, a temas medioambientales e, inclusive, a las conversaciones militares en el perímetro de la Base Naval de Guantánamo. Como añade esta analista “en tanto no hay asunto excluido de la agenda de conversaciones, los asuntos a abordar son disímiles, incluido el diálogo sobre derechos humanos” (ibidem).

Por otra parte, la reversibilidad o irreversibilidad de este proceso, depende tanto de factores vinculadas a la situación interna cubana – las reformas en curso y, en particular, el proceso de “actualización” del modelo, las decisiones que se tomen tanto en términos de política interna como externa en el próximo VII Congreso del Partido convocado para abril de 2016 (pero demorado al momento de escribir este artículo en su proceso preparatorio) y la continuidad y el relevo generacional de la conducción política del país – como al papel de actores y factores estadounidenses. En este sentido, en primer lugar hay que mencionar el difícil desmontaje jurídico y político del embargo contra Cuba en sí, en tanto las conversaciones se inician por una decisión ejecutiva de la administración Obama. El Congreso o una victoria republicana en las próximas elecciones presidenciales pueden oponer una serie de impedimentos a este proceso o, incluso, pueden llegar a revertirlo desde el lado estadounidense. Sin embargo, la opinión pública en los EEUU, reflejada en varias encuestas a nivel nacional e inclusive en el estado de Florida, evidencia un apoyo al proceso de normalización de las relaciones entre ambos países; diversos sectores empresariales, grupos de inversores y algunos poderosos grupos políticos, incluidos sectores de la comunidad cubano-americana, apoyan esta normalización y la eventual cancelación del embargo, y numerosas instancias no-gubernamentales, tanto profesionales y académicas, como familiares e interpersonales, favorecen este proceso (Castro 2015: 94-95).

El encuentro personal de los dos presidentes en ámbitos multilaterales en los meses recientes (Cumbre de Panamá y Naciones Unidas en Nueva York), las conversaciones telefónicas entre ambos, las visitas de altos miembros del gabinete de Obama a La Habana (como asimismo de altos dirigentes republicanos) y la posibilidad de que Obama visite Cuba antes del fin de su mandato, evidencian el significativo acercamiento entre los dos gobiernos a partir de 2014. A este cuadro –evidentemente no exhaustivo– de factores a nivel bilateral, caben sumar otros factores de carácter subregional, regional e internacional ya señalados, entre los que prevalecen –a pesar del cambio de ciclo en la dinámica hemisférica– las posiciones favorables a la normalización de las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos, a la eliminación del embargo y a la plena incorporación del primero en el ámbito hemisférico (Serbin 2015a; 2015b).

De hecho, un estudio de 2014 concluye que si el embargo se eliminara, las exportaciones estadounidenses a la isla podrían alcanzar los 4300 millones de dólares al año, mientras que las exportaciones cubanas a los Estados Unidos podrían llegar a 5800 millones (Hufbauer y Kotschwar 2014 citado por Castro 2015:98). Por otra parte, el acercamiento a Estados Unidos y Europa hace abrigar la esperanza de que se obtengan inversiones extranjeras directas, que se requieren con urgencia y que podrían estimular el crecimiento económico (que en 2014, con alrededor de 1,2% anual, se situó muy por debajo del promedio regional). En el caso particular de la relación con los Estados Unidos, una vez eliminada Cuba de la lista de estados terroristas, es probable que, por los actores e intereses involucrados de parte y parte, ésta avance principalmente en el ámbito del comercio y de las finanzas, con los riesgos que pueda entrañar por las asimetrías existentes, cuyo análisis escapa al presente artículo pero que ha sido desarrollado por algunos investigadores y especialistas.

Sin embargo, quizás el elemento más importante en estos avances, aunque no necesariamente de la eventual irreversibilidad del proceso, es la voluntad política existente por ambas partes, en el marco de un entorno regional e internacional favorable.

Los cambios y la sociedad cubana

Más allá de las reformas asociadas con la “actualización” del modelo y el potencial impacto de la normalización de las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos, el proceso de cambios iniciado a finales de la primera década de este siglo en el marco de una progresiva (y a veces imperceptible) transición de una cultura administrativa vertical a una descentralización flexible del estado actualmente en curso, simultánea a las reformas económicas, no pudo iniciarse, sin embargo, sin que convergieran una serie de factores políticos y sociales internos.

En primer lugar, la transición después del retiro de Fidel Castro y del ascenso de Raúl al gobierno, generó obvias preocupaciones y turbulencias –no siempre visibles y de público conocimiento– en la elite político-militar que dirigía el país. Consecuentemente, el primer paso para poder encarar algún tipo de cambios, implicó la necesidad de cohesionar a los diversos sectores de esta elite en torno a una aceptación de un proceso de reformas que pudiera contribuir a la salida de la crisis iniciada en la década del noventa. En este sentido, la persistencia del embargo y las presiones estadounidenses fueron funcionales para que toda alternativa que se formulara estuviera anclada en la apelación a la unidad de esta elite frente a una posible amenaza

Existen tensiones entre los sectores más conservadores del aparato estatal y partidista y los sectores más proclives a avanzar con las reformas y la actualización del modelo económico

externa y en la percepción de que el inmovilismo sólo podía conducir a un colapso del sistema político existente. De hecho, como señalábamos en otro artículo “La permanencia de la actual elite en el poder dependió de su capacidad de mantener la unidad, de legitimar la transición, de afrontar las amenazas externas y de aplicar reformas económicas” (Serbin 2007:9).

En sus primeros años en el poder, Raúl Castro logró construir, pese a la resistencia de algunos de los sectores más conservadores de esta elite, el consenso necesario en su seno, para avanzar con las transformaciones requeridas. Probablemente su posición e influencia en las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y el rol de éstas en la economía cubana fueron un factor crucial en este proceso. Sin embargo, se hace evidente que, pese a la gradualidad de los cambios, existen tensiones entre los sectores más conservadores del aparato estatal y partidista y los sectores más proclives a avanzar con las reformas y la “actualización” del modelo económico. La reducción del aparato estatal y los cambios en la economía, combinados con los replanteamientos ideológicos, se constituyen en elementos importantes para la reticencia de algunos sectores de la dirigencia cubana frente a las reformas.

En segundo lugar, fue necesario construir consenso tanto por parte de los sectores intelectuales y profesionales que venían urgiendo la necesidad de un proceso de cambio estructural, como de la población en general, en torno a la necesidad de estas medidas y a la transición hacia una realineación de las visiones y percepciones existentes, a través de la progresiva profundización de la cultura del debate en torno a estos temas. La discusión preparatoria de los “Lineamientos” posteriormente aprobados por el VI Congreso del Partido y la inclusión en ésta de aquéllos sectores proclives, dentro del ámbito oficial, a su implementación, evidencian este proceso. La recomposición de la sociedad civil cubana –en términos de su diversidad, progresivo protagonismo y carácter transnacional (al incluir a la emigración cubana)– y la aparición de espacios y esferas de debate público (incluyendo el ciberespacio) – contribuyeron a que los cambios pudieran ser percibidos, en algunos casos, no como una ruptura sino como un esperado salto cualitativo. Como señala Katrin Hansing (2011): “La comunidad internacional a menudo no tiene suficientemente en cuenta estos cambios, sutiles pero profundos, y sus análisis tienden a exagerar el papel del gobierno cubano, de los Estados Unidos y su embargo, y de otras presiones externas, así como de la oposición interna en la isla, como los actores principales y potenciales agentes de cambio” (Hansing 2011: 19).

En esencia, la combinación de ambas dimensiones ha llevado, gradualmente, a una progresiva transformación de las relaciones entre el Estado y la sociedad, forzando a una recomposición y a una renovación de la elite en el poder ante el desafío del agotamiento de un sistema económico estatizado y la necesidad de su transformación en un sistema más rentable, eficiente y productivo (Blanco 2012:60-61). Los retos planteados por estos cambios pueden ser analizados desde tres perspectivas generales – los alcances y resultados actuales del proceso de transformación en curso y sus efectos sobre el contrato social existente (particularmente en términos de igualdad de oportunidades, preservación del acceso pleno a los servicios sociales, y protección estatal frente a la vulnerabilidad y la pobreza); las consecuencias políticas de la expansión, a mediano y largo plazo, de los sectores cooperativos y no-estatales en el marco de un entorno social donde otros problemas, como la corrupción y la creciente polarización social, no han sido resueltos; y el posicionamiento de algunos países clave en las relaciones exteriores de Cuba con respecto a los cambios que se desarrollan (Sánchez Egozcué 2015:130-131), en particular en el marco de la nueva relación con los Estados Unidos.

De hecho, en relación a las dos primeras perspectivas, como contrapartida de las privatizaciones y de las medidas adoptadas para aumentar la productividad, ya se observa una profundización de las desigualdades sociales. Las medidas introducidas hasta la actualidad han comenzado a generar desequilibrios sociales considerables. Bajo la superficie de la estabilidad política, la otrora igualitaria sociedad cubana ha cambiado radicalmente. Los impactos sociales de los cambios son significativos – se incrementan los problemas de pobreza, creciente desigualdad y estratificación geográfica con el incremento de la migración del campo a la ciudad, mientras que las remesas tienden a favorecer a un sector específico de la sociedad. La narrativa del pacto revolucionario entre el Estado y el pueblo, que suponía el intercambio de la lealtad política por la independencia nacional, la protección social y la erradicación de la pobreza, comienza a agotarse. La generación joven tiende a estar alienada de la política y la etnicidad ha vuelto a marcar líneas de desigualdades, mientras que la emigración, particularmente orientada hacia los Estados Unidos, subsiste y se amplía en función de la persistencia de las legislaciones estadounidenses favorables a los migrantes cubanos. En el transcurso de 2015, llegaron a los Estados Unidos más de 40.000 cubanos, la cantidad más alta en la última década, ante el temor de que la normalización de las relaciones entre ambos países ponga fin a la Ley de Ajuste Cubano, que permite a los ciudadanos cubanos obtener la residencia en los EEUU al año de pisar territorio estadounidense (*El País*, 19 de enero 2016). Sin embargo, el discurso oficial ignora ampliamente estas consecuencias de las reformas (Halsing 2015).

*La cultura
burocrática
existente y
las instituciones
verticales y
rígidas se
constituyen en
un obstáculo
para las medidas
en curso*

Consecuentemente, asimismo se generan distintas formas de resistencia a los cambios. Por un lado, la cultura burocrática existente y las instituciones verticales y rígidas y algunos de los actores vinculados a estas estructuras, como ya mencionamos, se constituyen en un obstáculo evidente para las medidas en curso y dan pie a sectores de la dirigencia política y del aparato estatal para cuestionar el proceso en marcha. Por otra parte, como señala un analista, existe una ausencia de experiencia práctica con los nuevos mecanismos emergentes, una marcada escasez de recursos (que van desde el financiamiento al equipamiento necesario) y la persistencia de múltiples niveles de normas y regulaciones existentes a diferentes niveles y generadas por diversas instituciones que deben ser ajustadas para que la aplicación de las nuevas medidas se haga de una manera rápida y eficaz, sumados a la ausencia de instrumentos y servicios legales adecuados (Sánchez Egozcué 2015: 133-134).

Pese a que el proceso de cambio en Cuba parece inevitable e irreversible, más allá del ritmo impuesto a su implementación, la descentralización de la administración estatal, la emergencia de nuevas formas de propiedad y la creación de nuevos marcos legales fuerza un rediseño de los actores y mecanismos convencionales y a su desplazamiento por nuevas dinámicas que encuentra marcadas resistencias (Sánchez Egozcué 2015:135-136).

Por otra parte, la modificación en las relaciones con los Estados Unidos repercutirá en el proceso de reformas y en el tejido social del país. Más allá de esto, los procesos paralelos de negociación muestran diferencias en cuanto a las condiciones, la constelación de actores, los intereses en juego, los objetivos y el ritmo con que avanzan estas relaciones (Ganter 2015).

Mirando hacia el futuro

La desaparición del modelo soviético marcó el desencadenamiento de una profunda crisis del modelo económico y social construido bajo la égida de la Revolución Cubana. La llegada al poder de Raúl Castro puso en evidencia, de una manera más explícita y con una visión más pragmática, la necesidad de introducir una serie de cambios estructurales en la economía y en la política exterior de la isla. Los Lineamientos y el “modelo de actualización” apuntaron a privilegiar los necesarios cambios económicos, en el marco de un intento de mantener el control de la elite político-militar y de sostener los logros sociales de la etapa previa a costos más reducidos. El rediseño de la política exterior llevó progresivamente a una diversificación de las

relaciones internacionales de Cuba y, finalmente y en función de una coyuntura favorable, al inicio de las conversaciones con los Estados Unidos y a los primeros pasos de una “normalización” de las relaciones diplomáticas con este país después de más de medio siglo de embargo y tensiones.

El segundo período presidencial de Raúl Castro – y probablemente el último, según su propia afirmación – terminará, a más tardar, en 2018. Mientras tanto, el período de cambios encauzado por los “Lineamientos” aprobados por el PCC en 2011, tiene fecha de expiración en 2016 y, eventualmente, requerirá de una renovación. De tal manera que el cronograma político y económico actual de la isla exige avances urgentes, a un ritmo más acelerado.

Sin embargo, los avances de la “actualización del modelo económico” no han alcanzado las metas propuestas por los “Lineamientos” en el lapso de cinco años y han profundizado las desigualdades sociales y étnicas del legado igualitario asumido con la Revolución. Más allá de las tensiones entre diversos sectores de la dirigencia cubana frente a los cambios en curso, persiste una estructura de poder vertical y una limitación a la participación política de diversos sectores de la sociedad civil, a pesar de la evidente necesidad de un nuevo contrato social que sostenga un nuevo modelo económico, social y político. Sin embargo, junto a este desafío fundamental, la dirigencia cubana enfrenta, a corto y mediano plazo, tres retos fundamentales – la gestión exitosa de las nuevas relaciones con los Estados Unidos y las oportunidades que pueda abrir para profundizar los cambios económicos en marcha sin afectar sustancialmente el modelo político; la profundización de las reformas asociadas a la “actualización” en función de un nuevo modelo económico, político y social, aún difuso, y la urgente necesidad de gestionar una transición generacional en la dirigencia que posibilite y legitime la sustentabilidad de profundizar los logros de las etapas previas, junto con la superación de la crisis iniciada en la década del noventa, en función de un nuevo modelo social.

Los tres temas abren interrogantes importantes no sólo sobre la continuidad de los cambios en curso, sino también sobre la supervivencia de un modelo de autonomía y soberanía en un entorno internacional crecientemente incierto.

Referencias bibliográficas

Alonso, Aurelio (2014) “Aspectos que sostienen la soberanía sobre los cuales resulta fácil el consenso y aspectos sobre los cuales resulta más difícil el acuerdo”, Intervención de Clausura en *Coloquio Cuba: Soberanía y futuro*, La Habana: Cuba Posible, pp. 87-101.

Alzugaray, Carlos (2011) "Los fundamentos de la política exterior cubana", en Alonso, José Antonio; Francesc Bayo y Susanne Gratius (coords.) *Cuba en tiempos de cambios*, Madrid: ICEI, pp. 61-97.

Alzugaray, Carlos (2012) "Las (inexistentes) relaciones Cuba-Estados Unidos en tiempos de cambios", en *Nueva Sociedad*, No. 242, Noviembre-Diciembre, pp. 139-147.

Alzugaray, Carlos (2014) "La actualización de la política exterior cubana", en *Política Exterior*, No. 161, Septiembre-Octubre 2014, pp. 70-82.

Alzugaray, Carlos (2015a) "Cuba's External Projection", en Dominguez, Jorge and Ana Covarrubias (eds.) *Routledge Handbook of Latin America in the World*, New York and London: Routledge, Taylor and Francis Group, pp.180-195.

Alzugaray, Carlos (2015b) "Continuity and Change in Cuba at Fifty: The Revolution at a Crossroad", en Brunner, Philip; Marguerite R. Jiménez; John Kirk, and William Leogrande (eds.) *A Contemporary Cuba Reader*, Lanham: Rowman & Littlefield Ganter, pp. 39-48.

Blanco, Juan Antonio (2012) "Cuba en el siglo XXI. Escenarios actuales, cambios inevitables, futuros posibles", en *Nueva Sociedad*, No. 242, noviembre-diciembre 2012, pp. 56-69.

Castro, Soraya (2015) "Cuba-Estados Unidos: finalmente diálogos plurales entre pares", en *Temas*, No. 81-82, enero-junio 2015, pp. 91-99.

Erisman, Michael (2015) "Raúl's Foreign Policy: A Macroperspective", en Brunner, Philip; Marguerite R. Jiménez; John Kirk, and William Leogrande (eds.) *A Contemporary Cuba Reader*, Lanham: Rowman & Littlefield Ganter, pp. 221-230.

Garter, Sarah (2015) "*Talking about a Revolution*: Estados Unidos y Europa: más cerca de Cuba", en *Nueva Sociedad* (Opinión), junio 2015.

Hansing, Katrin (2011) "*Changes From Below: New Dynamics, Spaces and Attitudes in Cuban Society*", en *NACLA Report on the Americas*, vol. 44., No. 4, July-August 2011, pp. 16-19.

Hansing, K., & Optenhögel, U. (2015). "Cuba: las desigualdades se tornan visibles. Consecuencias de la economía de escasez y reformas", en *Nueva sociedad*, (255), pp. 4-18.

Hernández, Rafael (2015) "Siete tesis en torno a la normalización entre Cuba y los Estados Unidos", en *Temas*, No. 81-82, enero-junio 2015, pp. 105-109.

Hershberg, Eric (2011) "*Introduction to Cuba: Salvaging a Revolution?*" en *NACLA Report on the Americas*, vol. 44., No. 4, July-August 2011, pp. 8-12.

Hufbauer y Kotschwar (2014) "*Economic normalization with Cuba: A Roadmap for U.S. Policymakers*", Instituto Peterson para la Economía Internacional.

Klepak, Hal (2015) "The Revolutionary Armed Forces: Loyalty and Efficiency in the Face of Old and Challenges", en Brunner, Philip; Marguerite R. Jiménez; John Kirk, and William LeoGrande (eds.) *A Contemporary Cuba Reader*, Lanham: Rowman & Littlefield, pp. 73-82.

LeoGrande, William (2015) "After Fidel: The Communist Party of Cuba at the Brink of Generational Change", en Brunner, Philip; Marguerite R. Jiménez; John Kirk, and William LeoGrande (eds.) *A Contemporary Cuba Reader*, Lanham: Rowman & Littlefield, pp. 59-72.

LeoGrande, William and Peter Kornbluh (2014) *Back Channel to Cuba. The Hidden History of Negotiations between Washington and Havana*, Chapel Hill: The University of North Carolina Press.

Mesa-Lago, Carmelo (2015) "La economía cubana en un año crucial", en *Iberoamericana*, XV, No. 57, pp. 162-167.

Padura, Leonardo (2012) "Eppur si muove en Cuba", en *Nueva Sociedad*, No. 242, noviembre-diciembre 2012, pp. 26-35.

Pérez Villanueva, Omar Everleny (2010) *The External Sector of the Cuban Economy*, Washington D.C.: Woodrow Wilson Center Update on the Americas, October 2010.

Pérez Villanueva, Omar Everleny (2015) "Updating the Cuban Economic Model", en Brunner, Philip; Marguerite R. Jiménez; John Kirk, and William Leogrande (eds.) *A Contemporary Cuba Reader*, Lanham: Rowman & Littlefield Ganter, pp. 139-144.

Sánchez Egozcué, Jorge Mario (2015a) "Challenges of Economic Restructuring in Cuba", en Brunner, Philip; Marguerite R. Jiménez; John Kirk, and William LeoGrande (eds.) *A Contemporary Cuba Reader*, Lanham: Rowman & Littlefield, pp. 125-139.

Sánchez Egozcué, Jorge Mario (2015b) "Intercambios bilaterales y modelos de relaciones Cuba-Estados Unidos: la dimensión económica", en *Temas*, No. 81-82, enero-junio 2015, pp. 99-105.

Serbin, Andrés (2001) "Lejos de Dios y demasiado cerca de... La política exterior de Cuba hacia América Latina y el Caribe", en *Foreign Affairs en español* (México D.F.: ITAM), vol. 1, no. 3, otoño-invierno 2001.

Serbin, Andrés (2007) "Continuidad y cambio en Cuba", en *Vanguardia Dossier* (Barcelona), No. 23, abril/junio 2007, pp. 7-13.

Serbin, Andrés (2011) "Círculos concéntricos: la política exterior de Cuba en un mundo multipolar y el proceso de 'actualización'" en Luis Fernando Ayerbe, (ed.) *Cuba, Estados Unidos y América Latina frente a los desafíos hemisféricos*. Buenos Aires: CRIES/Icaria Editorial.

Serbin, Andrés (2013) "Cuba: a atualização do modelo econômico e a política externa em um mundo multipolar." *Política Externa*, 21: 177-208.

Serbin, Andrés (2014) "¿Atlántico vs. Pacífico? Mega-acuerdos e implicaciones geo-estratégicas para América Latina y el Caribe", en Serbin, Andrés; Laneydi Martínez y Haroldo Ramanzini Júnior (coord.) *¿Atlántico vs. Pacífico?: América Latina y el Caribe, los cambios regionales y los desafíos globales*. Anuario de la Integración Regional de América Latina y el Caribe, No. 10, Buenos Aires: CRIES, pp. 15-72. Accesible en www.cries.org

Serbin, Andrés (2015a) "Onstage or Backstage? *Latin America and U.S.-Cuban Relations*", en Hershberg, Eric (ed.) *Implications of Normalization. Scholarly Perspectives on US-Cuban Relations*, AU SSRC Web Forum, Washington D.C.: Center for Latin American and Latino Studies, American University, and Social Sciences Research Council, accessible en <http://www.american.edu/clals/Implications-of-Normalization-with-SSRC.cfm>

Serbin, Andrés (2015b) "¿Un nuevo ciclo del regionalismo latinoamericano en el siglo XXI? Desafíos y limitaciones después de la normalización de las relaciones entre Cuba y los Estados Unidos", en Хейфец В.Л. и Хейфец Л.С. (ред.) *Россия и Иberoамерика в глобализирующемся мире: история и современность. Избранные доклады Второго международного форума*. Санкт-Петербург, 1-3 октября 2015 г., СПб.: Издательство ООО «Типография «Палитра», 555ps., pp. 42-67.

Serbin, Andrés (2016) "Autonomía y normalización: ¿hacia el fin del excepcionalismo cubano?", en prensa en Brun, Elodie (ed.) *Políticas exteriores latinoamericanas. Repensar la autonomía*.

Serbin, Andrés y Andrei Serbin Pont (2015) "Obama Is Using Cuba To Counter Russia,

Iran, And China's Growing Influence In Latin America", en *Forbes*, April 16 2015, accesible en <http://www.forbes.com/sites/afontevvecchia/2015/04/16/obama-is-using-cuba-to-counter-russia-iran-and-chinas-growing-influence-in-latin-america/>

Torres, Ricardo (2014) "Intervención" en *Coloquio Cuba: Soberanía y Futuro*, La Habana: Cuba Posible, pp. 78-80.

Triana, Juan (2012) "Cuba: ¿de la "actualización" del modelo al desarrollo?, en *Nueva Sociedad*, No. 242, noviembre-diciembre 2012, pp. 82-91.

Vidal, Pavel y Omar Everleny Pérez Villanueva (2015) "La reforma monetaria en Cuba hasta el 2016. Entre la gradualidad y el "big bang", en *Desafíos económicos de Cuba* (Tomo 2), La Habana: Cuba Posible, pp.66-86.